

 **Reseñas y Reflexiones**

La doctora María Teresa Freyre de Andrade y la Biblioteca Nacional*

por Tomás Fernández

Tomás Fernández. Licenciado en Información Científico-Técnica y Bibliotecología. Investigador titular y profesor de postgrado de la Biblioteca Nacional José Martí. Profesor titular de la Universidad de La Habana. Miembro de la Unión de Escritores de Artistas de Cuba y de la Comisión Nacional de la Ruta del Esclavo. Responsable del Grupo Profesional de Control Bibliográfico de la Asociación Cubana de Bibliotecarios.

Queridos colegas, bibliotecarios, amigos:

Estar hoy frente a ustedes, en esta sala-teatro, en esta Biblioteca donde tanto he aprendido, primero como alumno o simple asistente a los cursos y charlas impartidos por los especialistas de la Biblioteca Nacional o de otras instituciones sobre las artes plásticas, la literatura, la historia, la antropología, el cine. Después, ya como trabajador, he cursado en este recinto, y aún no la he concluido, la carrera de más alto nivel que se imparte en los centros de enseñanza superior: el amor por nuestro trabajo, por nuestra profesión, por esta institución de la cual siempre seré deudor por lo que he logrado en mi bregar como bibliógrafo, como investigador, como escritor. Pero no del centro por sí mismo, este magno edificio que Sidroc Ramos, uno de sus directores, calificó de mausoleo, sino por los magníficos bibliotecarios y empleados con quienes tuve el privilegio de laborar; algunos de ellos me llevaron de la mano por los caminos de la cultura, de la historia, de la clasificación, de la catalogación, de las consultas y referencias, de los trazados de epígrafes, como se le decía entonces a la indización de los documentos por sus contenidos temáticos.

Por supuesto, una de las muestras máximas de nuestra clase profesional es la figura que motiva este acto: la doctora María Teresa Freyre de Andrade, la primera directora de nuestra institución en el período revolucionario. Ella logró hacer realidad la lucha, el anhelo y los sueños de los bibliotecarios cubanos por mejorar y dotar a nuestro país de una funcional red de bibliotecas y por desarrollar y convertir en el verdadero depositario del patrimonio bibliográfico a la Biblioteca Nacional, coleccionando, conservando, y poniendo a disposición de los interesados la producción intelectual recuperada por Antonio Bachiller y Morales (1812-1889), Domingo del Monte (1804-1853), Eusebio Valdés Domínguez, Francisco Ximeno, Manuel Pérez Beato (1855-1943), Luis Marino Pérez(1882), Carlos M. Trelles(1866-1951) y Fermín Peraza (1907-1969). Este último el tercero de la gran tríada de bibliógrafos cubanos conjuntamente con Bachiller y Trelles.

Por todo lo expresado este acto reviste para mí especial importancia porque debo hablar de una figura de la bibliotecología cubana con la cual hablé solamente 5 ó 6 veces; a quien oí en más de una oportunidad en sus magistrales intervenciones, tanto en conferencias, como dando clases sobre las funciones de las bibliotecas, la importancia de la lectura o acerca de la Revolución. Aún recuerdo sus palabras en 1966 arengando a los empleados para que nos incorporáramos al trabajo voluntario en el contexto de la Jornada de Girón. Dicha faena se realizaría en Jagüey Grande. No recuerdo otra movilización mayor en tan corto tiempo; para

* *Palabras leídas en el teatro de la Biblioteca Nacional José Martí en homenaje a la doctora María Teresa Freyre de Andrade*

muchos es todavía familiar el nombre de Las Paridas, nombre de uno de los 2 campamentos en el cual fue ubicado la mayoría de los participantes.

Debo hablar de María Teresa Freyre de Andrade, a quien recuerdo vestida de miliciana haciendo la guardia un sábado o un domingo; la veo en este instante recorriendo los departamentos creados y los que estaban por crearse en la dinámica vida de la Biblioteca Nacional de aquellos tiempos, atenta siempre para que todas las personalidades de las artes, de las ciencias, de las letras y de la música fueran invitadas a nuestra institución para que ofrecieran charlas, conferencias para los bibliotecarios y para el público en general.

La recuerdo batallando en uno de los campos que más luchó: la superación profesional. Ese fue un elemento muy importante de su pensamiento; ella quería que los bibliotecarios no fueran exclusivamente concededores de las técnicas de la profesión, sino profesionales cultos, preocupados por las problemáticas sociales e intereses de las comunidades donde las bibliotecas estaban situadas, con el objetivo de hacer de ellas, en su sentido más amplio, centros difusores de la cultura, pero no de una manera pasiva, sino del modo como ella concebía que debía hacerse: llevando los libros a los parques públicos, a los barrios más alejados de las ciudades y poblaciones, por ser estos lugares los más urgidos de esas acciones.

La recuerdo como profesora de Consulta y Referencia, y como maestra integral en la enseñanza del amor por el libro, por la cultura, por la patria; eso era lo que ella hacía cotidianamente con su larga vista y experiencia de mujer sabia, portadora de una mente progresista, revolucionaria, por eso abrazó con verdadera pasión las profundas transformaciones políticas, sociales y culturales que se llevaban a cabo y otras que se anunciaban. Ella también había luchado por muchos de esos cambios, por esa razón tuvo que emigrar en la década del 30 para evitar la represión del dictador Machado; en los 50 tuvo que salir nuevamente del país en su lucha contra la tiranía batistiana.

A pesar de su origen social burgués y de su edad, no tuvo limitaciones ni dudas para atrincherarse al lado de los que hacían realidad en aquel momento tantos sueños, esperanzas, necesidades. Ella se identificó de forma plena con las clases y sectores sociales de nuestra población más urgidos de tales reivindicaciones: obreros, campesinos, clase media profesional, los desempleados, los analfabetos, los discriminados racialmente.

Pero hay algo que deseo subrayar ahora. Me parece muy atinado este recordatorio, este homenaje, particularmente me siento muy honrado por haber sido seleccionado para preparar este texto que pretende ser un elogio; Freyre de Andrade fue la directora de la Biblioteca Nacional que más hizo por elevar el nivel y el prestigio de la clase profesional de los bibliotecarios cubanos, la que pudo desarrollar y hacer realidad no solo sus ideas sino también las aspiraciones y luchas de tantos bibliotecarios, gracias a que en Cuba había triunfado una revolución.

No es la primera vez que se le hace un homenaje y es casi ya una tradición el hacer elogios de aquellos que han sido ejemplos de profesionales, de patriotas. Pero considero que no basta el elogio, no es suficiente que digamos porqué María Teresa Freyre de Andrade fue la directora de la Biblioteca Nacional que más hizo por elevar el nivel intelectual y el prestigio de la clase profesional de los bibliotecarios cubanos. Ella pudo desarrollar y hacer realidad sus ideas y también las aspiraciones de muchos otros bibliotecarios, gracias a que en Cuba había triunfado un movimiento revolucionario, a que en nuestra isla se había efectuado una exitosa campaña de alfabetización, reduciéndose el índice de analfabetos a los más bajos de América y de muchas partes del mundo.

No basta que repitamos cómo ella organizó la primera campaña de lectura popular para que los recién alfabetizados pudieran adquirir el hábito de la lectura y acceder a lo mejor de la literatura nacional y universal. No basta que todos los años nos reunamos para mencionar y recordar su nombre, para admirarnos de su agudeza de pensamiento, de su visión tan justa, tan dinámica de lo que debía ser el trabajo de la biblioteca en la comunidad; con su acción cotidiana procuraba que todos los bibliotecarios estuvieran al día de lo que acontecía en el mundo de la

información, de las bibliotecas, para de acuerdo con nuestras necesidades, adaptarlo y contribuir de ese modo a nuestro desarrollo bibliotecológico. En una de sus conferencias parafraseó la idea formulada por Marx y Engels sobre el fantasma del comunismo que rondaba por Europa. Ella expresó: "Un fantasma recorre el mundo informativo, el fantasma de la computadora; y digámoslo complacidos de que esa circunstancia haya venido a conmover nuestro ámbito, lanzándonos un reto que lo torna aún más interesante de lo que ya lo era de por sí mismo".¹ De esta cita hace ya más de 20 años. Y ese fantasma al cual ella se refería y nos habló, se ha transformado en algo real, que conocemos y deseamos dominar y utilizar más para que se opere el salto cualitativo tan necesario en el trabajo del procesamiento, almacenamiento, recuperación y difusión de las diferentes colecciones de las bibliotecas, y a la vez se beneficie con toda esa tecnología el servicio a los usuarios. Eso era lo que ella alertaba y planteaba cuando todavía hablar de los ordenadores y de sus múltiples usos y beneficios parecían cosas muy distantes. No basta, al menos no es suficiente congregarnos para expresar sus excelencias. No, es necesario algo más. Urge que hagamos realidad algunos de sus criterios como el que expresa: "Para que la biblioteca no pase inadvertida, hay que hacerse sentir".² Y justamente eso fue lo que ella hizo cuando asumió la dirección de la Biblioteca, hacerla sentir de manera positiva mediante el ahorro de tiempo en la búsqueda, recuperación y entrega de los documentos solicitados; hacernos sentir por nuestra afabilidad con los usuarios, por nuestra eficiencia profesional, por nuestro dominio y conocimiento de las colecciones y de los repertorios que debemos usar o recomendar; hacernos sentir por nuestra sensibilidad, por nuestra visión y asunción de lo que debemos hacer diariamente ante las contingencias mediatas o inmediatas; hacernos sentir por brindar a los usuarios un espacio acogedor, pulcro, por crearles una atmósfera propicia para sus lecturas, estudios e investigaciones. Eso fue la Biblioteca Nacional José Martí (BNJM) durante mucho tiempo y lo que debemos tratar de mantener o de recuperar en algunos casos. Recordemos su criterio que dice: "Hoy día se ha hecho casi un reflejo condicionado, que al oír la palabra información se piense en la máquina. Nosotros vamos a pensar en ella mientras realizamos el trabajo inmediato, pero viéndola como futuro mediato. Lo importante es estar a su altura cuando llegue, y por eso desde ahora ya nos organizamos teniéndola presente. Tienen razón los que afirman que el poder de la máquina es en esencia el poder del hombre almacenado y difundido".³

Consecuente con ese razonamiento ella fomentó y logró que la BNJM fuera la pionera de la Revolución Científico-Técnica en Cuba. Por tal idea creó el ahora casi olvidado Departamento Metodológico, que no fue un mero sitio donde se compilaban bibliografías solicitadas por los sectores económicos, científicos y técnicos, para conocer y estar al día de la más reciente información sobre los adelantos, descubrimientos e innovaciones que se producían en los diversos campos del conocimiento en otras latitudes, con la finalidad de divulgarlos entre nosotros y contribuir de ese modo a nuestro desarrollo.

La BNJM, a través de ese Departamento que contó con la atinadísima, eficiente y vehemente dirección de la doctora Regla Peraza, se hizo sentir de manera ejemplar, ya no como centro dedicado exclusivamente a la divulgación de la cultura universal y nacional en sus manifestaciones artísticas, literarias, históricas, sino que dio también a conocer la cultura científica y técnica más actual contribuyendo de manera muy directa a la lucha y empeños por salir del subdesarrollo. En virtud de esas pesquisas bibliográficas se localizaron tecnologías que pusieron en funcionamiento maquinarias y equipos que estaban parados por haberse llevado los dueños o los representantes de las industrias y empresas nacionalizadas los planes y metodologías de dichos equipos.

Son muchas las anécdotas y testimonios relacionados con tales contribuciones que podrían hacer los antiguos empleados de ese Departamento. No basta, repito una vez más, que digamos cómo María Teresa diseñó la Biblioteca Nacional de un modo consecuente con su criterio acerca de que nuestra Biblioteca no podía ser una copia de la Biblioteca del Congreso de Washington, de la Biblioteca del British Museum, de Londres, de la Biblioteca Nacional de París, o de la Biblioteca Lenin, de Moscú. En este punto la BNJM se me antoja como un reflejo de las características arquitectónicas fundamentales que tipifican nuestra capital y la hacen justamente por eso más atractiva a los ojos de los extranjeros: su eclecticismo. La BNJM por razones muy concretas dio un salto cualitativo y cuantitativo jamás soñado por su primer director, Domingo Figarola Caneda y sus seguidores y colaboradores: Francisco de Paula y Coronado, Lidia Castro de Morales, José Antonio Ramos, Carlos Villanueva. Ellos concibieron

a la Biblioteca Nacional como un centro atesorador del patrimonio bibliográfico en función de los estudiosos de la historia y de la cultura de la isla. No tengo duda en afirmar que la doctora Freyre de Andrade fue la única profesional que podía acometer la dirección de la BNJM por sus excepcionales condiciones: cultura, formación bibliotecológica, larga experiencia en el trabajo y en la lucha por el desarrollo de las bibliotecas y por la superación profesional.

Por eso me parece muy atinada, además de revolucionaria, la decisión de la doctora Maruja Iglesias, quien en aquellos días, no tan lejanos en el recuerdo, tomó en nombre de la Revolución la administración de la BNJM. A ella fue a quien muy merecidamente se le ofreció la dirección de nuestra institución, concedora también de nuestra actividad profesional, pero en un gesto que dice mucho de su respeto, cariño y admiración hacia su amiga y compañera de lucha, y sobre todo por ser portadora de un gran civismo, declinó ocupar dicho cargo y sugirió el nombre de la doctora María Teresa Freyre para el cargo.

El profundo conocimiento de la actividad bibliotecaria que la doctora Freyre de Andrade poseía, más su visión de futuro y el apoyo financiero que recibió por parte del gobierno revolucionario, le permitió conformar, crear lo que fue la BNJM de aquellos primeros tiempos revolucionarios, tiempos de las esperanzas, que entonces no conocían de recortes presupuestarios: su concepción revolucionaria de una Biblioteca Nacional en un contexto de una sociedad en tránsito, en lucha desesperada por salir del subdesarrollo: una biblioteca con las peculiaridades básicas de toda biblioteca nacional pero a la vez con funciones de biblioteca pública, universitaria, juvenil. Y por supuesto, en esos puntos la Biblioteca se hizo sentir y de un modo muy positivo mediante los préstamos de libros, de reproducciones de obras de arte, a través de los Departamentos de Circulante y de Arte, así como la apertura de departamentos no contemplados en la estructura original de la Biblioteca, como el de Música, el Departamento Juvenil, Extensión Bibliotecaria, entre otros. Además, por las diversas exposiciones de artistas plásticos que exhibían sus obras en el entonces salón de exposiciones, por los seminarios, charlas, cursos, que se ofrecían por los intelectuales cubanos y extranjeros. Y la Biblioteca se hacía sentir también, por el equipo de trabajo del cual se rodeó la doctora Freyre de Andrade, en el cual estuvieron figuras de la talla intelectual del sabio cubano Juan Pérez de la Riva, Argeliers León, Salvador Bueno, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, Roberto Friol, Graziella Pogollotti, Regla Peraza, Marina Atía, Audrey Mancebo, María Elena Jubrías, Zoila Lapique, Guillermo Sánchez, Renée Méndez Capote, Amalia Rodríguez, Aleyda Plasencia, Israel Echeverría, Emilio Setién, María Lastayo, Adelina López Llerandi, Blanca Rosa Sánchez, entre otros más,

Ella tenía la intuición, verdadera gracia innata de su personalidad, de saber elegir a la persona idónea para cada puesto, primando ante todo el nivel profesional y de responsabilidad, así como de la creatividad de cada uno de sus elegidos. Por eso María Elena Jubrías pudo desarrollar los históricos cursos de apreciación de las artes plásticas desde su gestión al frente del Departamento de Arte; esos cursos fueron las canteras de valiosos profesores y artistas entre los que recuerdo a Luz Merino, Ileana Saens, Lidia Mesa, Carlos Morriña, Marta García Arenas, Gretel, Bienvenido Rodríguez.

En igual medida se puede hablar de otros departamentos y actividades como los cursos de narradores de cuentos iniciados por la propia María Teresa Freyre, Eliseo Diego y Mercedes Muriedas, a quienes se sumaron otros compañeros que hicieron de esa actividad no solo su carrera, sino un verdadero arte, como en los casos de Mayda Navarro y María del Carmen Núñez.

No exagero si digo que en algún momento habrá que calificar ese período de la Biblioteca Nacional y de las bibliotecas del país, como época de oro. Las condiciones materiales y espirituales eran muy propicias para ese florecimiento: desarrollo del movimiento editorial nacional, financiamiento para la adquisición de documentos y para las suscripciones de publicaciones periódicas, así como el pago a los conferencistas y charlistas por sus actividades en el centro. Lo que se logró en la Biblioteca durante su dirección es recordado con cariño, con nostalgia. Ella no tuvo que enfrentarse a las grandes limitaciones de recursos que comenzaron a manifestarse en el sector bibliotecario mucho antes del período especial, y que como era de suponer, al irrumpir de manera más aguda durante ese período, nos ha ocasionado serios

trastornos por la disminución y paralización, en algunos casos, del movimiento editorial de la propia biblioteca. Este fenómeno no era ajeno al general que estaba atravesando el país. Por eso considero que no basta hablar de lo acertado del trabajo de María Teresa Freyre, al frente de la dirección de la Biblioteca Nacional. Hay que tomar sus aciertos, analizar sus propuestas y adecuarlas a las circunstancias actuales. Es necesario que se rescate la tradición cultural de las actividades iniciadas con ella pero también las que se incorporaron después, como los ciclos de ópera, actividad realmente joven en nuestro centro, comparada con otras, pero de gran aceptación por los amantes del bel canto. A veces me pregunto qué haría ella en este contexto, donde tantas deficiencias y negligencias se esconden detrás de la manida frase de echar la culpa de todos nuestros problemas al período especial y al bloqueo. Y al saber que tendría que escribir un elogio en su memoria, la lengua se me enredaba, mi gagera reprimida que solo aflora ante situaciones extremas, hacía esfuerzos por el elogio que debí decir, y en particular yo, que no sé decir elogios. Por lo que decidí simplemente decir: Gracias María Teresa por habernos enseñado el camino. Gracias por el ejemplo de profesionalidad, de honestidad revolucionaria que nos ha dado. Y es muy evidente que tenemos que estar muy agradecidos con su enseñanza, pero el mejor elogio que se le puede dar, que le podemos ofrecer, a los que han sido ejemplos, modelos a seguir, no es recordándolos una vez al año, sino todos los días, contribuyendo cada uno de nosotros a que nuestro centro sea lo que fue por muchos años: un lugar donde a los usuarios se les ahorra el tiempo de búsqueda en la recuperación de los documentos; un sitio donde se les brinde a los investigadores y a usuarios en general, afabilidad, pulcritud, una atmósfera y ambientación que estimule el trabajo de investigación. Solo así llegará el día en el cual podremos hacer el elogio, el verdadero elogio que usted se merece, cuando le digamos: Mire doctora María Teresa Freyre de Andrade, esta fue la Biblioteca que usted concibió, que usted proyectó y que ha crecido oteando el futuro que usted vislumbró y que no todos previeron. Mire doctora, esta es su Biblioteca, nuestra Biblioteca, con todas las tecnologías que parecían lejanas, pero que usted señaló que debíamos comenzar a conocer para mejorar el trabajo bibliotecario y el servicio a los usuarios. Esta es la Biblioteca pulcra, la que refleja nuestras siluetas en las paredes de mármoles como en su tiempo reflejó sus andares por los salones de la Biblioteca. Entonces, solo entonces, el elogio que se diga tendrá su verdadero sentido, porque este, mi, nuestro pequeño elogio, que no se limita a este día, sino que muchos como yo se lo damos todos los días en nuestros pensamientos, en nuestro quehacer como bibliotecarios, como investigadores, como profesores, es simplemente un llamado a la reflexión, un elogio para estimular a pensar seriamente en lo que hemos hecho, y en todo lo que aún nos falta, por lo tanto, doctora, acepte este mi, nuestro elogio, casi un rezo, en nombre de los que no la olvidamos, de los que seguiremos bebiendo de su sabiduría y enseñanza, amén.

Notas

1 Freyre de Andrade, María Teresa. Fragmentos escogidos de conferencias, discursos y clases de la Dra. María Teresa Freyre de Andrade. La Habana: Ministerio de la Industria Ligera, 1976. [p.51].

2 *Ibíd*em, [p. 9].

3 *Ibíd*em, [p.41].

Fernández, Tomás. "La doctora María Teresa Freyre de Andrade y la Biblioteca Nacional". Bibliotecas. Edición especial (1-2): 157-166, enero – diciembre, 2001-2003

© Copyright 2001 Biblioteca Nacional José Martí.

Todos los derechos reservados
